

HOJA POPULAR

BUENA PRENSA

AÑO IV

NÚMERO 99

1 - XI - 50

Padre Luque, 3

(Residencia PP. Jesuitas

ALMERÍA

**Assumpta est Maria in caelum: gaudent angeli.
Laudantes benedicunt Dominum.**



HEMEROTECA PROVINCIAL

ALMERÍA

Dedicatoria

Número extraordinario que la Asociación LA BUENA PRENSA dedica a la Santísima Virgen en el día de la declaración, como dogma de fe, de su gloriosa Asunción a los Cielos en cuerpo y alma, como recuerdo de fecha tan memorable y agradecimiento de tantos beneficios como desde su fundación viene recibiendo de su amada MADRE.

Dígnate, Señora, recibir este pequeño obsequio, y en día tan señalado, envíanos una bendición acrecentada con la de TU HIJO para que sin desfallecer sigamos trabajando por la gloria de Dios.

1 Noviembre 1950.

Por la Asociación: Josefa Fornovi, M.^a Frías de Acosta.

Ante la definición dogmática de la Asunción de María

J. Reina, S. J.

UNA nueva gloria para nuestra Madre, una nueva estrella en el nimbo de su corona... El corazón del pobre mortal salta de gozo, nuestra Madre está en el cielo en cuerpo y alma... la corrupción del sepulcro no tocó su cuerpo virginal... allí en la gloria la tenemos... aquel corazón que

latió de amor por nosotros, cuando su Hijo Divino, en la tarde triste de primer viernes santo, la nombrara Madre de los hombres, ese mismo Corazón de carne, está en el cielo y late de amor por mí... esos ojos misericordiosos, que a tantos en la tierra se volvieron, también me miran desde la gloria... Ella extiende a mí sus manos virginales, las mismas manos que siempre se abrieron al cariño y a la misericordia con los necesitados... Es mi Madre, y me oye cuando la invoco, mi voz llega a sus oídos...

Ya lo sabíamos... desde niños lo creíamos... María Santísima había subido al cielo, antes que la carne purísima y virginal, que en expresión de San Agustín, es también carne de Jesús, fuese pasto de los gusanos y se redujese a polvo vil... sí, lo creímos, y nos hubiese horrorizado oír lo contrario, pero ahora, va a resonar en nuestros oídos la voz infalible del Vaticano, y toda la cristiandad, todos los hijos de María, vamos a vibrar de gozo... es un dogma de fe... ya nadie lo puede dudar, ya no es una consideración piadosa, cimentada sí en la opinión de eminentes autoridades de la Iglesia, pero que todavía no había recibido el fallo definitivo de la infalibilidad. Por eso resonarán en toda la tierra los cantos de júbilo, y los alegres bronces de las campanas anunciarán al mundo entero que en medio de tantas calamidades como presenciábamos, hay un motivo de alegría: LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN ES UN DOGMA DE FE

La definición de un dogma de fe, podríamos compararlo con la aparición de una nueva estrella en el firmamento. Cuando los astrónomos descubren una estrella, cuando registran por vez primera su paso, por el círculo meridiano, no es en el momento en que esa estrella ha empezado a brillar. Aquella estrella existía hace millones de siglos, desde la creación, pero era tal la distancia que la separaba de la tierra, que la luz de ese sol del espacio, apesar de su velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, aún no había impresionado la retina del observador... Los dogmas son estrellas en el firmamento de nuestras creencias, y su luz, a travéz de los siglos, rompiendo las tinieblas de la duda, y aún de la persecución, se han abierto paso, y un día solemne, el gran astrónomo del Vaticano ha levantado su voz, y ha anunciado al mundo entero aquella verdad dogmática. Por eso en el nimbo de gloria de nuestra bendita Madre podremos decir que fulgura una nueva estrella...

Y esta verdad, tiene que producir una resonancia práctica en nuestra vida. Si San Pablo hablando de la resurrección de Jesús, nos invita a

buscar las cosas de allá arriba y a gustar los bienes celestiales despreciando las cosas de la tierra, también la definición de este dogma, tiene que levantar el corazón de barro del mortal a las regiones de la pureza; «mira al cielo te dice hoy la Iglesia... porque allí tienes a tu Madre; gusta de las cosas de allá arriba, tu que estás materializado y buscas en el fango de la impureza». No podremos evitar la corrupción material de nuestro cuerpo en el sepulcro, pero si podemos librarlo de las manchas que en esta vida lo corrompen por el vicio... El cuerpo de nuestra Madre, templo del Hijo de Dios, no pudo mancharse con la putrefacción bajo la tierra, y nosotros podemos evitar que nuestro cuerpo se manche con la putrefacción de los deleites sensuales prohibidos, porque también somos templos de Dios y el Espíritu Santo habita en nosotros, como nos dice también San Pablo.

Hijos de María, legiones de almas que os cobijais bajo su manto azul; día de gloria va a ser para vosotros el día primero de noviembre del año santo de 1950. Ese día cuando a travéz de vuestras radios, escuchéis la voz augusta del Romano Pontífice, elevad vuestra vista al cielo, entonad himnos de júbilo, y cantad a vuestra Madre. Esperad de Ella que acoja vuestras súplicas... unamos nuestro canto al de los espíritus celestiales que sin duda renovarán aquellos cánticos con que la recibieran en las mansiones de la gloria el día de su Asunción... «Tu eres la gloria de Jerusalén, Tu eres la alegría de Israel, Tu eres la honra de nuestro pueblo...». Alma no manchada, carne no manchada, la de nuestra Madre; ahora si que podremos decir «quien es esta que sube del desierto» de este mundo de abominación y de pecado sin que ni el hálito de la culpa ni el polvo de la tierra la haya tocado...

Madre bendita! recibe los anhelos de nuestros corazones... queremos verte ya en el cielo...! mucho tiempo se demora nuestra estancia en esta vida, Madre mía no te olvides desde tu trono de gloria de los que todavía estamos sometidos al embate de las pasiones y expuestos a la corrupción... Madre mía vuelve en este día y en estos momentos solemnes hacia nosotros, TUS OJOS DE MISERICORDIA.

Murió el mismo día en que murió la Virgen

(Historia del Cister).

Una monja cisterciense, de Toledo, llamada María, estando para morir, vió a la divina Madre. Ella entonces le dijo: —Señora, la gracia que me hacéis de visitarme me hace atrevida para pedir os otra gracia de morir el mismo día y a la misma hora que Vos moristeis y entrasteis en la Gloria. —Sí, contestó María, te quiero complacer, y en aquella hora morirás y sentirás los cánticos y alabanzas con que los bienaventurados acompañaron mi entrada en el Cielo. Ea; ¡preparaté!

Las religiosas oyéndola hablar creyeron que deliraba; pero ella les refirió la visión y gracia prometida. Estaba, pues, esperando la hora prometida, y cuando llegó, al oír tocar el reloj, dijo: —He aquí la hora que se me ha dicho. Ya oigo las melodías de los ángeles. En esta hora subió al cielo mi reina. Quedaos en paz que yo ahora la voy a ver. Diciendo esto espiró. Y expirando los ojos se le hicieron resplandecientes como dos estrellas, y el rostro se cubrió de un hermoso color.

Asunción de la Virgen

El hecho sustancial de la Asunción de la Virgen Santísima, o sea su actual presencia corporal en los Cielos, siempre ha sido considerado como una verdad tan cierta, que nunca ha podido negarse sin temeridad. Hoy, primero de Noviembre tenemos la dicha y la alegría de que la infalibilidad del Representante de Jesucristo en la tierra lo declare Dogma de Fe. Por tanto no serán objeto de fe las circunstancias con que suelen adornar la narración de este hecho.

La creencia en esta verdad está fundada en el sentimiento común y piadosa creencia de la Iglesia fundada en una tradición constante y enteramente fidedigna.

Por otra parte hay muchas razones de conveniencia que así lo exige.

Y en primer lugar así lo reclama su oficio de Corredentora. Nadie como Ella tuvo parte en los sufrimientos y Pasión de Jesús. Por lo mismo, así como los trabajos, especialmente los de la Pasión, valieron a Jesucristo el que su cuerpo permaneciera incorruptible y resucitara glorioso al tercer día, de igual manera convenia que la Corredentora y socia en las penas, tuviese participación en el premio.

También lo exigía su Maternidad divina; pues no convenia que el cuerpo de donde se había formado el de Jesús, estuviese sujeto a corrupción. En un sermón que se atribuye a S. Agustín así se dice: La que ha dado a luz al Salvador del linaje humano, no ha pasado después de su muerte por la humillación común de la putrefacción de los gusanos y del polvo.

A estas razones podemos añadir la de su Inmaculada Concepción y perpétua virginidad.

Veamos como describe San Juan Damasceno algunas de las circunstancias que tuvieron lugar en la resurrección de la Virgen Santísima, y que leemos en las lecciones del cuarto día de la octava de la Asunción de María Santísima. «Sabemos, dice, por una antigua tradición que cuando llegó el sueño de la Virgen, todos sus apóstoles que se hallaban dispersos por el mundo, trabajando en la salvación de las almas, fueron transportados en un momento a Jerusalén junto a la Virgen benditísima. Reunidos junto a Ella, tuvieron una visión angélica y músicas celestiales deleitaron sus oídos.

Como llevada en estas divinas armonías la hermosa alma de María voló al seno del Creador. Por tres días se oyeron estas mismas melodías, al cabo de los cuales cesaron por completo.

Entonces llegó Tomás que no había estado presente al glorioso tránsito de la Madre del Salvador, y quiso ver su cuerpo por última vez. A este fin los apóstoles apartaron la losa que cerraba el sepulcro, pero no encontraron en él al glorioso cuerpo. Lo único encontrado fué el sudario en que había sido envuelto su cuerpo.

Profundamente conmovidos a la vista de este prodigio, cerraron el sepulcro quedando bien convencidos, de que el Verbo divino que había querido encarnarse en el seno inmaculado de María, no había permitido

que aquel cuerpo virginal estuviese sujeto a corrupción, sino que lo había resucitado y llevado al Cielo antes del día de la resurrección universal.

(Sermón de la DORMICION de la Virgen).

A la Asunción de la Virgen

Ya se va, ya sube al cielo
de rayos áureos nimbada
ya su faz inmaculada
refleja amoroso anhelo.

El sol su corona de oro forjó con miles destellos
el empireo azul la envuelve cual un manto rutilante
donde prendió sus estrellas como en el raso el diamante.
¿No veis que más que luceros, fulguran sus ojos bellos?
¿Y no morís de pesar, que os faltará la luz de ellos?
La luna que le regala su resplandor argentado
pone plata en sus cabellos, alba luz en su semblante
donde destacan sus labios como amapola sangrante.
¿No veis su sonrisa fuente de placer jamás soñado?
¿Y no morís de dolor, que ya os la han arrebatado?
Asciende, angélicas voces cantan a su Soberana
y entre el redoble sonoro de celestes atambores
mil alados querubines sobre Ella derraman flores.
¿La veis? Ha vuelto su rostro hacia la tierra lejana
y murmura suavemente: Vosotros vendréis mañana.

¡Madrel tu que vas al cielo
entre nubes de oro y tul
no me dejes en la vida
¡oh nol llevame escondida
en la plata de tu velo
en tu puro manto azul.

Una Hija de María.

PANADERIA
Sd.º Corazón de Jesús
G. Saliquet, 51

COMESTIBLES
Salvador López Parra
Antes
R. J. Romero
Glorieta de San Pedro

FERRERERIA
LA LLAVE
Venta al por mayor y detall
G. Saliquet, 15 - A
Teléfono, 1991

L' UNION
COMPANIA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS,
ACCIDENTES Y RIESGOS DIVERSOS
Subdirección: Martínez Campos, 6 ALMERIA
HOJA POPULAR: Se envía gratis a los obreros

PANADERIA IMPERIAL
F.º López Hidalgo
Plaza Flores, 9

Panadería **San. Cayetano**
López Mañas
P. Juan Aguilar



**CATÓLICO: Lee y propaga
nuestra HOJA POPULAR
que es hacer una buena labor.**

¡Gloria a María Santísima!

NOS encontramos ante el acontecimiento más grande de este año, o sea el gran día de la proclamación del Dogma de la Asunción de Nuestra Señora a los cielos. Día en que se declara por la Iglesia el principio innegable del tránsito de la Santísima Virgen María de este mundo al otro, de este valle de dolores y de incesantes lágrimas al lugar del descanso, de la dicha y de la paz. Principio que durante varios siglos ha venido defendiéndose por todos los padres de la Iglesia, desde que sobre la cumbre de una montaña de Judea, la Virgen pronunció estas misteriosas palabras: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque el Señor y Dios omnipotente ha obrado en mí cosas grandes».

La fiesta de la Asunción de la Virgen, se remonta a los primeros siglos, pues documentos antiquísimos demuestran que la Iglesia, apenas tuvo libertad para celebrar públicamente sus fiestas, en el reinado del gran Constantino, desplegó toda su magnificencia y devoción al llegar el 15 de Agosto, día asignado en todos los calendarios para celebrar la fiesta de la Asunción de la Virgen, asegurando los críticos que no se tienen noticias de fiesta más antigua y que nunca ninguna criatura fué tan sublimada como María; ni en el antiguo ni en el nuevo Testamento se vió nada semejante. Como tampoco nación, ciudad, pueblo ni aldea alguna ha dejado de celebrar la

gloria de la escelsa hija del Altísimo.

Por esto, es explicable, el entusiasmo nacido en el mundo católico ante el anuncio de la proclamación del nuevo dogma, a cuya grandiosa jornada se calcula asistirán 50 Cardenales, 500 Obispos y 200.000 fieles, renovándose de este modo la filial demostración del pueblo, fiel a la Madre de Dios, en la fecha de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

Y ahora, no puede faltar la oración y plegaria de las Congregaciones Marianas, de Almería, sumándose a las que en este día elevan Su Santidad y demás Jerarquías de la Iglesia. Y ésta de los Caballeros del Pilar y S. Ignacio y Señoras de su Corte de Honor, piden a María Santísima, con las rodillas en tierra y el corazón en el cielo, nos haga ver con claridad que el cristianismo es la Religión del amor al prójimo, del pobre, del oprimido y del débil; y que el dogma Asuncionista sea mensaje de ben-

dición, de paz, amor y confianza, en medio de los descalabros del mundo, para que las almas vuelvan a Dios, por el recto camino de la devoción a la Virgen y que esta fructifique en nuestros corazones la buena semilla de nuestra fe católica y haga a nuestra España grande ante Dios y ante los hombres.

Por los Caballeros del Pilar: Manuel Mendizabal, José Fernández Orst.

Por la Corte de Honor: Inés Vidal, Carmen Carreño.



Llenos de alegría

No hay duda que entre los amantes fervorosos de la Virgen que ha habido, hay que colocar en primera fila a San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kosca. Sus congregaciones han de ser necesariamente marianas a ellas se ha transmitido ese amor de sus patronos y abogados. Por eso sus congregantes siempre se han distinguido en este amor a la Santísima Virgen.

Hoy, Madre nuestra, nuestros corazones rebosan de alegría al ser declarado dogma de fe tu Asunción Gloriosa a los cielos. Un día juramos defender tu Asunción gloriosa. Hoy vemos cumplidos nuestros deseos y postrosados en tu presencia hacemos un acto de fe creyendo lo que siempre hemos tenido como una verdad indiscutible. En día tan señalado no dejes de enviar una bendición a estas tus congregaciones.

Luises y Estanislao

¡Madre dolorosa!



Esos tus dolores y penas intensas que sufriste durante tu vida, especialmente las que padeciste durante la Pasión de tu hijo, uniéndote en todas a El, y ofré-

(Pasa a la 5.ª página)

A TU CORAZON

Fundada nuestra Congregación de Oficinistas, quisimos, Madre nuestra, consagrarla desde un principio a tu purísimo Corazón seguras de que siempre habíamos de encontrar en El ayuda y consuelo en nuestros trabajos y amarguras... Declarada hoy como dogma de fe tu presencia en el Cielo en cuerpo y alma, nos llenamos de grande alegría al considerar, que aquel mismo corazón que en la tierra estuvo tan llenos de dolores, ahora dichoso y feliz, tan solo sabe palpar de amor a Dios y a los hombres.

A cada uno de esos latidos brota un raudal de gracia y misericordia que inunda la tierra toda.

Haced, Señora, que esas aguas se detengan en nuestros corazones y hagan brotar en ellos, fuertes y poderosos, las plantas de todas las virtudes para que con el aroma de sus flores embalsamen la tierra y envuelva nuestras almas en esos aromas algún día vuelen al cielo para vivir eternamente en tu compañía.

Por la Congregación: Carmen G. de Mercado, Soledad García.

A nuestra Madre

Todos tus misterios, Madre adorada, tienen como base y fundamento tu santidad y tu Maternidad divina, de ahí brotan como flores preciosísimas cuyo perfume embalsama el Cielo y la tierra todos tus demás misterios. Pero hay tres que se enlazan íntimamente: tu Inmaculada Concepción, tu virginal pureza y tu Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Pues, ¿era posible que ese cuerpo que salió puro y limpio de toda mancha, de manos del Creador; que ese cuerpo consagrado a Dios desde un principio con el voto de perpétua virginidad, fuese algún día pasto de los gusanos? No, no; nunca lo hemos creído los cristianos: siempre ha sido para nosotros una verdad cierta su presencia corporal en el Cielo.

Pero hoy lo que siempre ha sido una verdad, es ya dogma de fe. Y si para todos los cristianos es esto un motivo de grande alegría, lo es especialmente para nosotras las Hijas de tu Inmaculada Concepción.

Al concederte la Iglesia este nuevo timbre de gloria, nosotras tus hijas, te pedimos humildemente, que no te olvides de esta tu Congregación. Que derrames sobre ella tus bendiciones para que sea lo que siempre ha sido la congregación fervorosa, la congregación que tanto bien ha derramado en nuestra ciudad, la que tanta gloria ha dado a Dios.

Por la Congregación: Consuelo Cutillas, María Muro.



(Viene de la 4.ª página)

ciéndote además como víctima por la salvación de los hombres, te han merecido ser Corredentora de la Humanidad, como así lo proclama la Iglesia. Y precisamente ese título exige, que así como participaste de los dolores y agonias de tu hijo, participes también de su gloria y felicidad. Por esto siempre hemos creído, que así como Jesús resucitó al tercer día de entre los muertos y subió a los cielos lleno de gloria, así también Dios ha querido resucitarte al tercer día de tu muerte y que halles gloriosa en cuerpo y alma en los cielos.

Hoy tenemos el consuelo y alegría de que esta verdad se con-

vierta en Dogma de Fe. ¡Gloria y honor a la Virgen pura que por su humildad y abnegación ha merecido dones tan maravillosos!

En día tan señalado, no dejes, Madre nuestra de enviar tu bendición a esta Congregación, para que unida a Ti durante la vida a tus dolores, lo esté también en la eternidad a tu gloria y felicidad.

Sección de Señoras: Josefa García del Moral de Valls.

Sección de Caballeros: Miguel M. Carrasco, José Puertas.

Con Censura Eclesiástica

HOJA POPULAR se envía gratis a los obreros.

COMO SE SUBE AL CIELO

CUENTO

Dedicado a las alumnas de la Compañía de María

Con el ceño fruncido, la mirada fosca, los labios apretados, Margaritina, escuchaba los proyectos de diversiones que sus amiguitas preparaban para las próximas fiestas.

—El día de la proclamación del Dogma de la Asunción va a ser algo maravilloso.

—Que lástima que tú no puedas asistir.

—No me importa, —exclamó Margaritina con una indiferencia (Pasa a la 6.ª página)

Charlas interesantes

—D. Nemesio, que es eso que dicen que va a pasar en Roma el día primero de Noviembre?

Vamos a ver, que es lo que tu has oído decir?

—Pos dicen que el Papa va hacer un doma de la Asunción de la Virgen.

—Por Dios, Pacorro, no te comas letras; que dices unos disparates tremendos. Se dice DOGMA y no DOMA como tu has dicho.

—Pos osté me entiende y estos también.

—No señor, ni estos te han entendido, ni tampoco te entiendes tu. Y si no, dime, ¿que es un dogma?

—La verdad es que yo no lo entiendo bien; pero debe ser una cosa mu grande pa honrá a la Virgen; cuando lo hace el Papa, y ella too se lo merece...

—Bueno; que no lo sabes; pues yo te lo explicaré. ¿Tu has creído siempre que la Virgen se halla en el cielo en cuerpo y alma?

—Si señor. Eso lo creemos toos los cristianos.

—Has dicho una gran verdad, Pacorro. Todos los cristianos de todo el mundo hemos creído siempre en esa verdad. De modo que si algún cristiano niega esa verdad comete un pecado muy grave y se considera como hereje, no te parece, Pacorro?

—Si señor.

—Pues no señor, amigo mío. Si antes del día primero del próximo noviembre, algún cristiano se le ha ocurrido negar ese misterio, no ha cometido pecado ni se tiene por hereje. Pero una vez que llegado el primero de noviembre el Romano Pontífice lo proponga a los fieles cristianos y lo declare como dogma de fe, ya se acabaron las discusiones: todos los cristianos lo han de creer bajo pena de pecado y quedar fuera de la Iglesia Católica. ¿Te has enterado amigo mío?

—Si señor, y que bien clarito que lo ha dicho. Pero se me ofrece una dua, y... osté perdone... pero...

—Quisieras decirle, ¿no? pues habla, hombre, con toda confianza.

—Pos la dua es esta: y si el Papa se equivoca? Nos engaña a too el mundo.

Con una carcajada general fueron recibidas estas palabras de Pacorro.

—Veo, Pacorro, por esa contestación que has dado, que te hallas muy ignorante en las verdades de nuestra religión. Y por desgracia no eres tu solo. Hay innumerables como tu. ¿No sabes que Jesucristo dió el don de la Infalibilidad a la Iglesia docente reunida en Concilio General y al Papa personalmente? Pues, hijo, también esta verdad es un dogma de fe definida en el Concilio Vaticano.

Pero os advierto que el Papa es infalible tan solo cuando habla EX CATEDRA. Supongo que tampoco sabreis lo que esto significa. Pues bien yo lo explicaré en pocas palabras. Esto quiere decir que para que el Papa sea infalible se necesita: 1.º Que hable como Pastor y Doctor de todos los cristianos. 2.º Que defina doctrinas referentes a la fe o a las costumbres. 3.º Que defina usando de la plenitud de su potestad y con intención de obligar a todos los fieles y 4.º Que manifieste que la creencia en la verdad definida obliga a toda la Iglesia.

Y puede que otro día os hable más extensamente de este asunto

Juan Manuel

(Viene de 5.ª página)

que estaba muy lejos de sentir.

Llevaba en la cama tres meses y aún continuaba dándole fiebre todas las tardes. Y lo que al principio soportaba muy bien, conforme fué pasando el tiempo se fueron agotando sus reservas de paciencia, que eran muy pocas, quizás las corrientes para una niña de doce años.

Y ya no podía más. Se sublevaba contra lo que consideraba una injusticia.

¿Por qué todas sus amigas disfrutaban de salud y ella no? Ya había estado enferma una temporada, pues ahora que le tocase a otra .

• Al quedar sola más rebelde que nunca por la perspectiva que le habían presentado sus amigas se volvió hacia la pared para no ver a nadie.

Allí veía únicamente el cuadro de la Asunción de la Virgen. Todas las noches le rezaba tres avemarías, por muy mala que estuviera nunca las omitió.

Aquella noche dudaba... Sin embargo de pronto arrepentida de su actitud murmuró:

—¡Perdón Madre mía!

En aquel momento la estancia quedó completamente a oscuras y el cuadro se fué iluminando y agrandando, agrandando hasta tomar proporciones colosales, y despedir destellos rutilantes que cegaban la vista.

La Virgen en carne mortal se desprendió del lienzo, despidiendo una luz celestial que alumbraba más que todas las del universo. Se acercó a la niña.

—¿Ves esta gloria? Es debida a mis grandes penas. Para gozar en el cielo hay que sufrir en la tierra.

Una música dulcísima de una armonía subyugadora resonó en la habitación.

El cuadro tomó vida y la Virgen se fué elevando seguida de innumerables ángeles.

Margaritina, permaneció como en éxtasis y se había terminado la visión y aun continuaba mirando y remirando al cuadro.

¿Había sido un sueño o una ilusión de su fantasía?

Lo ignoraba, pero sí lo consideró una gran lección. Jamás volvió a quejarse y procuró ser muy buena y piadosa para hacerse más digna de su Madre la Virgen Santísima.

J. M. CHIAMPOS

Las Congregaciones Marianas regalan al Romano Pontífice la pluma de oro con que ha de firmar el decreto de la declaración dogmática de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma a los Cielos.

La gran ocasión del Dogma Asuncionista

POR A. CUSTODIO

LOS dogmas son, aquí en la tierra, las fuentes más cristalinas y copiosas de la Verdad y el Bien; por eso también son los hontanares más opulentos de la hermosura y la inspiración. Si yo acertara a entretejer la historia del misterio asuncionista, vierais rielar en mi relato las líricas unciones de la poesía más acendrada. Como que es poesía bruñida por fuegos de amor y vientos de éxtasis... Si no el poema, sí algunas estrofas quiero engarzar en el hilo de un relato festivo, rimado con la sencillez y candorosa devoción de los gozos romeros y los romances florecidos de asombros celestes...

San Dionisio Areopagita, viejo ya, con ancianía apostólica, hizo peregrinación desde Atenas a Efeso, porque no quería morir sin conocer a la bendita Madre del Divino Maestro. Y cuando estuvo de vuelta y se disponía a morir, sus discípulos le preguntaban: «Dinos, ¿qué vieron tus ojos, maestro venerado?» Las pupilas moribundas del filósofo, ya santificadas de visiones místicas, relumbraron con vigor de estrellas renovadas, se fijaron en un horizonte remoto... Y sus labios musitaron: «Vi en Efeso a la Madre del Salvador, tan hermosa, tan agraciada, que, si la fe no me asistiera, cayera de hinojos para adorarla como a una diosa...»

Pues la Señora se moría una tarde, quizás del mes de agosto, cuando los mares están en calma y la tierra se desborda con el cúmulo de sus doradas mieses y sus frutales en sazón. Pensó un momento en los bienamados discípulos de su Hijo. Y su deseo fué colmado; los ángeles sorprendieron la oración extática de los apóstoles y, en vilo de raptó, los transportaron desde sus remotos confines apostólicos hasta Jerusalén, donde la Señora languidecía de amores. Y murió la divina Madre, y fué transportada a su sepultura. Cuando al tercer día, con los primeros albores, los discípulos acuden a despedirse del sepulcro, encuentran éste vacío. Levantan los ojos al cielo, buscando el único camino posible, y una ráfaga de luz inunda sus pupilas. Por el camino luminoso la Virgen Madre apoyada en el brazo de su Hijo, ascendía soberana, mientras les inundaba los corazones con los efluvios de su sonrisa.

Ya en sus campos de siembras redentoras, cada apóstol va diciendo: «Lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que tocaron nuestras manos, esto os anunciamos... La Madre y Señora murió en un suspiro de amor, y, como su Hijo, resucitó al tercer día, para subir en cuerpo y alma a los cielos. ¡¡Nosotros la vimos!!»

Fueron años y vinieron años; los apóstoles volaron al cielo. Y sus discípulos contaban a las generaciones nuevas

la santa doctrina. Para que ésta no se malograra, algunos se propusieron encomendarla a la escritura. Entre ellos, un tal Leucio, a poco de morir S. Juan, se retrae en su tugurio y, a la débil fulguración de una lámpara de arcilla, va escribiendo, con pausada pulcritud de caracteres, las verdades aprendidas. Su imaginación se exalta, se enardece... y al escribir de la Virgen, la venerada Madre de Jesús, a vuelta de certezas, narra también pladosas figuraciones, más de poeta que de falsificador. Nos cuenta en su «Tránsito de la Virgen» la ascensión en cuerpo y alma; pero también nos dice de milagros posibles y de imposibles sucesos. No obstante, y aunque el apócrifo se rehuse por tal, allí encontramos la fe del pueblo en su origen; ya entonces esta fe vió a María en los cielos en cuerpo y alma.

Y tanto y tanto creció en los pechos el amor a María, Madre de Dios, que lo evitado por el sabio ateniense San Dionisio no supo evitarlo el impetuoso fervor de los ignorantes. Surgió la secta de los coliridianos, almas recién salidas de las selvas poéticas del paganismo. Más por viejas convicciones, aun no del todo mortificadas, que por voluntad perversa, no sólo confesaron, con los creyentes ortodoxos, la ascensión de María en cuerpo y alma, sino que en cuerpo y alma la hicieron diosa. Levantaron altares en su honor, consagraron sacerdotes y custodianamente le ofrecieron sacrificios de flores y panecillos rociados de miel, a estilo y costumbre de los adoradores de Pallas y demás diosas paganas.

Quizás por estos años ya no quedara pueblo que no confesara la ascensión de María tal y como nosotros la confesamos. Pero el miedo a caer en idolatría, aun no daba margen a la representación iconográfica. Esta valerosa hazaña se reservó a la fe española. Y a finales del siglo III, a la vera del bendito Pilar de Zaragoza, un alarife devoto de María talla sarcófagos, ménsulas y estelas. Le han encomendado uno, quizás destinado a contener santas reliquias. Y el inspirado alarife cincela en la dura piedra la ascensión en cuerpo y alma de María a los cielos, ante el estupor fervoroso de los fieles que la contemplan. San Pedro y San Pablo alzan sus manos al cielo, como ayudando a María, y la mano de Dios baja a recibirla. ¡Así era la fe de España!

A finales del siglo VI, el emperador Mauricio recorre su imperio, floreciente aún de paz, de fe y grandeza. Asiste a las fiestas asuncionistas que celebran los monjes en palestina y sus contornos. Advierte que la fecha es el 15 de agosto, y, reparando en la diferencia, busca, logra la unidad en un decreto que, admitido por el Occidente, hace

olvidar el 18 de enero, para celebrar en adelante la Asunción en la fecha actual.

El ejército de teólogos y doctores de la Iglesia; ni uno solo puso zozobra en esta verdad. Y cuando, en 1497, aquel predicador Juan Morcello osa desde el púlpito atacar la creencia asuncionista, el escuadrón de doctores de la Sorbona y el pueblo todo lo obligan a retractarse.

No he de seguir engarzando, pues el sartal no concluiría jamás. Hoy, como ayer, confesamos el misterio de la Asunción. Pero hoy el corazón creyente lo adivina cuajado de madurez. Cada dogma tiene su tiempo, porque el dogma se establece cuando la divina Providencia lo ve necesario para remedio de alguna crisis de la Humanidad. Hoy que los corazones y las almas son de barro y plomo, hoy que sólo cree el mundo en esta vida y ni concibe posible el más allá, hoy que la filosofía, el arte y la vida se aferran a la materia... ¡hoy es la ocasión del dogma asuncionista! Nos habla de ascensiones, de alturas, de trasmundos, de eternidades... ¡Y la Humanidad está necesitada, hambrienta, de oír esta doctrina! Hoy es la hora sazónada.

La letanía de los santos en sellos de correos

Se ha regalado al Papa una colección de sellos de correos reunidos durante los treinta últimos años y que contiene la letanía de los santos.

La colección, hecha por un sacerdote de Wisconsin en Estados Unidos muestra cómo Dios Padre ha sido honrado en un sello del Brasil. Más de 200 sellos de 22 naciones celebran a la Virgen como Estrella del Mar, Nuestra Señora de la Eucaristía, Consuelo de afligidos y otros títulos. Entre los demás santos destacan San Gabriel, en 44 sellos de 16 naciones; San Pedro entre griegos y malteses; San Sebastián, en Bélgica; San Olaf en Noruega y los Santos Cirilo y Metodio en sellos checos.

En la Biblioteca Popular, sita en Padre Luque, 3, encontrareis lecturas amenas y agradables.

Muerte de la Santísima Virgen

La pasibilidad y la muerte, lo mismo que la concupiscencia, son pena del pecado de nuestros primeros padres, si no hubieran pecado, hubieran sido inmortales, no porque la inmortalidad sea natural a la naturaleza humana, sino porque Dios quiso concederles este don y privilegio, si guardaban los mandamientos.

La Virgen no contrajo el pecado original, pero no por eso estuvo libre de la muerte. Ella como todos los hijos de Adán pagó su tributo a la muerte.

Pero entre su muerte y la nuestra hay gran diferencia. Primero; en Ella la muerte no tuvo el carácter de pena que reviste en nosotros, pues jamás tuvo, ni cometió pecado alguno. Ella muriendo se asemejaba más a su Hijo que murió: demostraba que su cuerpo era humano y de naturaleza corruptible como el nuestro, y al mismo tiempo nos daba ejemplo para que aprendiésemos el arte de morir bien. En segundo lugar, fué ella misma la que eligió la muerte para ir al Cielo.

Es opinión muy probable de los teólogos, que aunque mortal, ofreció Dios a la Virgen el ser trasladada sin morir, de este mundo al otro. De modo que si murió fué porque quiso, no porque le fuera forzoso el morir. Dice un gran teólogo: «La Virgen si hubiera querido hubiera podido no morir: Eligió la muerte para conformarse más a su Hijo y para ofrecer su vida por la salvación del mundo. (Janssen)».

La Virgen Santísima no murió de enfermedad, ni vejez: murió de amor. Todos los justos mueren EN EL AMOR de Dios, puesto que están en su gracia: Los mártires mueren POR EL AMOR de Dios; tan solo a esta Señora le cupo el privilegio de morir DE AMOR a Dios. «Imposible imaginar, dice S. Francisco de Sales, que esta verdadera Madre del Dios humano, haya muerto con otro linaje de muerte que el de amor como corresponde a la vida más noble que existió jamás entre los hombres».

Veamos como nos describen la muerte de la Virgen Santísima, el historiador Nicéforo y S. Juan Damasceno. Dicen que poco an-

tes de su muerte supo por el Arcángel San Gabriel que había llegado el fin de su destierro y ya iría a juntarse con su Hijo en la Patria Celestial.

Entre tanto los Apóstoles milagrosamente congregados, lloraban con solo la idea de que iban a separarse de Aquella que acostumbraban a llamar Madre, Ella los consoló, prometiéndoles ser su Protectora desde el Cielo como había sido su Madre en la tierra.

En fin, al conocer que había llegado la hora suprema, María levanta los ojos al Cielo y hace esta oración al Hijo: Hijo mío, en tus manos pongo mi alma que preservaste de toda mancha y que te es tan querida mi cuerpo hecho incorruptible por haberte dado albergue, no lo lego a la

tierra, sino que lo confío a tu bondad. Atráeme hacia tí, ¡oh fruto bendito de mi vientre! ya que tantas veces vinistes a mis brazos, para que donde tu vivas yo también ¡oh Hijo mío! Consuela de mi ausencia a estos a quienes has llamado amigos y hermanos. Mi mano se levanta para bendecir a mis hijos; acrecienta mi bendición con la tuya constante y divina».

Al oír estas palabras, los ojos arrasados en lágrimas se arrodillan para recibir la última bendición de María

Mas he aquí que se deja oír la voz de Jesús que decía: «Madre bendita, la más santa de las mujeres, mujer inmaculada, levántate y ven a participar mi gloria y mi descanso».

Al oír esta invitación María tendió los brazos a su Amado y en último arrobamiento de amor, sin dolor ni agonía se durmió en la paz del Señor.

Hermosura de la Virgen

GRAVES autores refieren que un clérigo devotísimo de la Virgen, deseoso de ver su hermosura, que tanto se encomia en las Sagradas Escrituras, pidió con insistencia a la Virgen que se la dejase ver. Fue revelado por un ángel que la Virgen le venía a ver y mostrárselo, pero que advirtiese que no podría sufrir tan hermoso espectáculo sin quedar ciego: pues no era justo que ojos que habían visto a la Reina de los ojos, mirasen otra cosa de la tierra. El devoto clérigo que se moría de ansias y deseos de ver a esta Señora dijo que no le importaba quedarse ciego.

Pero después advirtió que si perdía la vista totalmente se vería obligado a pedir limosna de puerta en puerta porque no tendría con que mantenerse, y así le pareció sería buena traza, abrir solamente un ojo, guardando el otro para no carecer así, ni de la vista de la Virgen, ni sentir el daño de la pobreza. Hízolo de esta suerte: Mas apenas se le apareció la hermosa entre las hijas del hombre, María llena de una inestimable claridad y luz cuando el goloso de aquella her-

mosura no pensada, quiso abrir el ojo que tenía cerrado para gozar más de aquella hermosura estupenda; lo cual le sirvió para llorar el no haberle perdido, a trueque de no poder contemplar más toda a quien desean ver los mismos ángeles, porque desapareció luego María.

Quedó muy desconsolado de haber reparado en su pobreza y en los bienes del mundo y de no haber perdido ojos y vida por ver más a la Virgen; y decía entre sí —ojalá todo yo no fuera todo ojos, ojalá todos los miembros y coyunturas de mi cuerpo fueren otros tantos lince para ver de nuevo a María... Y pidiendo a esta Señora con suspiro del corazón que se dejase ver otra vez, que de buena gana quería perder la vista que le quedaba y no ver cosa mas de la tierra, la Virgen benignísima le concedió lo que pedía; y mostrándose tan hermosa como antes, no solo no le privó de la vista sino que le restituyó la que en un ojo había perdido. Tan tierna y amiga de hacer bien es María.